



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 14 DE DICIEMBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La convicción del deseo

CUENTO PRENAVIDEÑO

OLGA DE LEÓN G.

Era una noche muy fría, antes de la de Nochebuena. La gente del Norte del país andaba con prisas y corriendo de un lado a otro, como si quisieran ganarle tiempo al tiempo. Quizás sucedía igual en cualquier otra ciudad; pero, a mí, me constaba eso solo respecto de la parte donde yo vivía.

El año, no importa mucho precisarlo, baste con saber que era de este siglo, a lo mejor por ahí de 2006. Llegó a nuestra comunidad un grupo de personas que no sabíamos de dónde venían. Se esparcieron por diferentes rumbos. Por su apariencia, el color de su piel (muy blancos), sus ropas, su estatura (eran altos), y por el acento con el que hablaban, se distinguían de todos nosotros, los que éramos oriundos de aquí u otras ciudades cercanas. Ellos sabían que sus diferencias eran notorias, por más que intentaron integrarse. Pronto se les reconoció como extranjeros y personas de cuidado... Nadie sabía cuáles eran sus intenciones.

Los de mi generación andábamos por los cincuenta y más, pero menos de los sesenta. Éramos aún relativamente jóvenes, estábamos fuertes. Sí, sobre todo si consideramos que ahora tenemos veinte años más. Y, para mi fortuna, no habían disminuido mis capacidades y sí había crecido en experiencias, de las cuales era posible extraer algunas historias para relatos o ficciones.

En la entrevista que por junio de 2006 tuve con la encargada de la Sección Cultural, Ágora, de el periódico El Porvenir, en cierto restaurante-cafetería del centro, por la calle de Morelos, cuando ella me preguntó que por qué quería publicar, le contesté que no era solo yo, sino los personajes que se agolpaban en mi cerebro y me exigían les diera vida. Recuerdo: le comenté que escribía e inventaba historias verbalmente desde hacía años, las que les refería a mis hermanos menores y a los vecinitos de los diferentes barrios donde viví, en Reynosa Tamaulipas, durante parte de mi niñez y adolescencia. De modo que yo consideraba ya tenía alguna experiencia. ¡Ah!, y comencé escribiendo en máquina, de las de 1956-60; solo eventualmente, cuando papá no dejaba esa máquina en la casa, sino en su despacho; entonces, si no tenía la máquina a mano, escribía en un diario, o en cualquier libreta, luego lo pasaría a máquina.

Desde luego que mi ortografía no era de lo mejor en los primeros años. Pero, siempre tuve la mirada de mi padre, detrás de mí, quien solía hacer alguna exclamación o señalamiento de error cuando los veía -por encima de mis hombros- sin mencionar ni cuál era ni en cómo debía corregirlo. Así que también tuve que aprender a evitar errores ortográficos y ganar en claridad sintáctica, aprendiendo sola: leyendo más y consultando los textos y diccionarios adecuados.

De modo especial, debo dar reconocimiento al magnífico maestro de Español y Literatura que tuve en la Secundaria “Escandón” de Reynosa, Tamaulipas, quien me asignaba, si no siempre, casi siempre, para leer en voz alta en el salón de clase. Así desarrollé -



por intuición- la entonación según las pausas (comas, punto y coma, puntos, signos de admiración e interrogación, paréntesis, guiones, etc.).

Pero, no me he olvidado del cuento que quiero contarles hoy, y que dejé a medias, un poco arriba, para referirme a mis inicios como cuentista y relatora de narrativas reales o ficticias: este es mi estilo y también eso forma parte de mi vida y del cuento de hoy:

Resulta que un día entre semana, después del mediodía, opté por ir a la casa del maestro de Literatura, para pedirle que en la próxima clase, me permitiera leer uno de mis cuentos en voz alta. Quería saber si a mis compañeros les agradaría y, de paso, conocer la opinión de mi profesor. Me dijo que sí, pero que él me diría cuándo podría leerlo. Me pareció correcto y le agradecí anticipadamente. A partir de entonces, llevaba conmigo dos o tres de mis cuentos más recientes.

Llegado el momento, elegí leer el de los hombres extraños que habían arribado a nuestra comunidad. Era un cuento muy breve en el que exponía una teoría: “Todo lo desconocido o extraño es causa de desconfianza y escrutinio”. A pesar de no tener argumento para suponer tal cosa. Sino que solo por ser desconocidos, eran posibles sospechosos de nuestra desconfianza. Y, concluía mi cuento con la tesis de que: “Si no los conoces, no te acerques a ellos”. Tesis que desencadenaba confusión y falta de seguridad en sí mismos y en su entorno. Será eso correcto, o debemos ser más abiertos y un tanto confiados en la naturaleza humana. No lo sé, aun ahora...

EL LÁZARO DE LA CERTIDUMBRE
Carlos A. Ponzio de León

Volvió la carne; con ella la convicción. Mis pecados no reciben castigo. Libre de pecado; vuelvo como fornicario

con la sustancia de la eternidad (Hebreos 9:28). Poseo el ritual químico de transmisión eterna. Genes con pluripotencial, células adultas que se transforman en células madre. Silenciamiento génico. Preservación de telómeros. Genes de reparación. Soy el heraldo líquido del deseo. Una gota que anticipa el fuego. La rebeldía sexual del semen en tu boca.

Maldije a Dios. Dios me perdonó. Volví a maldecirlo. Dios me volvió a perdonar. Digo ahora: “Dios es un culero”. Dios me perdona. Una mirada, una palabra o un gesto son suficientes para que el infarto descienda sobre mi enemigo. Dios me perdona. He idolatrado a creadores de Arte, Música, Literatura, Cine, Arquitectura, entre muchos otros. Dios me perdona. He idolatrado materias, técnicas y conocimientos. Dios me perdona. He hecho imágenes a mi semejanza, las cuales disfruto. Dios me perdona. Durante años he trabajado lunes a domingo, sin descanso, sin dedicación a Dios. Dios me perdona. He perdido la paciencia con mis Padres. Dios me perdona. He anunciado muertes. Dios me perdona. He robado libros, incluyendo una Biblia. Dios me perdona. He juramentado no ser quien soy. Dios me perdona. He envidiado el éxito de otros y los he maldecido. Dios me perdona. He fornicado y mucho tengo que decir al respecto, porque Dios me perdona. He engañado a mis mujeres y hombres. Dios me perdona. A Dios le he sido Fiel.

Las mentiras de Dios caen como estrellas amargas sobre el mar y la vuelven sangre para que nadie beba la verdad. Él abre sellos para revelar. Los jinetes galopan como chicas montán-dome como bestias en el rodeo, hasta saciarse en su éxtasis erótico. Orgasmo de vida y sangre. Alquimia de eternidad.

En su trono de humo, Dios sonríe y sus palabras son lenguas de fuego que a veces iluminan lo que nunca será; en otras, lo que será. Dios se convierte en

entidad narrativa que juega con el lenguaje, el tiempo y la verdad. Explora lo que significa mentir en nombre del amor, del arte y de la esperanza. El tiempo es curvo, circular; es verdad. ¡Poned atención, Científicos!

Yo vivo entre la Tierra y el Cielo, amando a la Vida... y luego amando a Dios. (“Sexo, Violencia y Llantas”, Rosalía).

Ahora, un cuento: “En el principio, Dios creó el tiempo. Pero lo hizo curvo. No por error, sino por Arte. Quería que los días no fueran líneas, sino espirales tridimensionales. Que el pasado pudiera esconderse en el futuro y que el presente fuera una grieta por donde se escapan los sueños.

Un día, un hombre llamado Elías subió a una montaña buscando respuestas. (¿Por qué la gente sube montañas?). Había perdido a su hijo en una guerra que ya nadie recordaba y quería saber por qué.

Dios se le apareció en forma de viento y le dijo: “Tu hijo vive”.

Elías cayó de rodillas, llorando alegre. Bajó de la montaña, construyó una casa, sembró un jardín y cada noche dejaba una vela encendida para el hijo que volvería.

Pero el hijo no volvió.

Pasaron años. Elías envejeció. Y cuando volvió a la montaña, le preguntó: “¿Por qué me mentiste?” Dios le respondió: “Porque si te decía la verdad, habrías muerto ese día, de desesperanza. Te mentí para que vivieras. Para que sembraras. Para que encendieras velas que otros verán. Tu hijo volverá, luego que hayas muerto”. Elías guardó silencio: la mentira de Dios fue una semilla disfrazada; una poesía por cumplirse”.

Otro cuento. “En un valle donde los árboles hablaban y las piedras guardaban memorias, vivía una mujer llamada Lía. Su cabeza estaba llena de preguntas y vacía de respuestas. Cada noche, escribía cartas a Dios, enterrándolas bajo un olivo que nunca daba fruto.

Una madrugada, el olivo floreció con fuego. De las llamas, una voz habló: “Lía, tú no estás sola”. Ella tembló. Comprendió que estar acompañada no significaba estar libre de dolor ni de miedo.

“¿Por qué me diste esta vida?”, preguntó Lía. “Porque tú pediste ver el mundo sin velo”, respondió Dios. “El mundo es hermoso, pero también está roto. Tú querías saberlo todo. Y eso incluye el horror”.

Lía cayó de rodillas en reverencia. Entendió que la verdad de Dios no era una promesa de felicidad, sino una llama que revela, a veces, sin quemar.

Lía dejó de escribir cartas y comenzó a recoger piedras. En cada una escribió una palabra: “dolor”, “luz”, “espera”, “fuego”. Las fue colocando en círculos, como altares. Y cuando otros llegaban al valle, sabían que allí vivía alguien que había escuchado a Dios... y no había sido engañada”.

Dos historias, dos verdades. Dios miente; Dios no miente.

Dios me permite sacar algunas de estas historias de SU PEQUEÑO BAÚL DE LAS MENTIRAS. Agradezco que me deje contar SUS historias.



Heinrich Heine

(Düsseldorf, actual Alemania, 1797 - París, 1856) Poeta prusiano. De origen judío, estudió literatura, derecho y filosofía en Bonn y Berlín; entre sus profesores y amistades se contaron Hegel y August Schlegel. De 1822 datan sus primeras composiciones líricas, claramente influidas por Lord Byron y Friedrich de la Motte Fouqué.

En 1823 publicó *Intermezzo* lírico, obra unida a dos tragedias (*Almanzor* y *Ratcliff*) de la que cabe destacar su vena melódica, y en 1826 la primera parte de los *Cuadros de viaje*, cuya edición en cuatro volúmenes completó en 1831. Estos primeros textos en prosa conjugan un ferviente lirismo juvenil con una mordaz sátira contra personas e instituciones diversas. La prosa irónica y ágil de esta obra influyó en los autores alemanes posteriores y sentó las bases de un estilo que en un mismo texto fusionaba géneros como la poesía, el relato, el ensayo político, la crónica periodística y la autobiografía.

En 1827 vio la luz *Libro de canciones*, fuente de inspiración de compositores como Schumann, Schubert y Brahms. Su radicalismo y sus cínicos ataques a la Academia alemana le indujeron a trasladarse a París (1831), donde conoció a personajes de la talla de Victor Hugo, Alfred de Musset o George Sand.

En 1835 publicó un ensayo sobre la cultura alemana, *La escuela romántica*, y estudios sobre William Shakespeare y Miguel de Cervantes. Ese mismo año fueron prohibidas todas sus obras en Alemania, país al que dedicó los versos satíricos de Alemania, un cuento de invierno (1844). Murió tras varios años de enfermedad, durante los que compuso el ciclo poético *Romancero* (1851). Póstumamente, en 1869, aparecieron sus últimos poemas.

Mónica Lavín

Cien años. Un siglo. Una centuria

La icónica revista *New Yorker* cumplió en febrero de este año cien años de vida. Un maravilloso documental, dirigido por Marshall Curry, da cuenta de su historia y de la forma en que se trabaja en una revista que ha apostado por un periodismo creativo, de fondo, así como por vincularse con la ciudad a la que da voz (*The talk of the town*) y que este año estrena alcalde demócrata de origen musulmán, y por incluir siempre una pieza de ficción y un poema. Su actual editor, David Remnick (los editores de la revista han permanecido más de dos décadas al frente) nunca ha dudado en quitar estas piezas que han pavimentado la trayectoria de los escritores estadounidenses, efectivamente desde hace un siglo. Comenta que algunos leen la revista y se saltan el cuento y el poema y, en cambio, otros buscan la revista sólo para leer el cuento y el poema. Desde siempre, los descansos humorísticos han formado parte de su anatomía. Algo que resulta singular es la importancia de la unidad de verificación de datos. Semana a semana se analiza cada pieza y se contacta al autor o autora o a otras fuentes para estar seguros de que aquello que quedará en el impreso es fidedigno. Toda una apuesta que se ha

sostenido en el tiempo y que subraya la seriedad y el compromiso con los puntos de vista y la verdad, muy relevante en tiempos de Fake News, de Inteligencia Artificial que puede estar montada sobre datos erróneos, información rápida e irresponsable en las redes. Da gusto saber que una revista en estos tiempos no sólo ha durado sino que tiene una visión de futuro, que va a quedarse y va a ser necesaria como plataforma para la conversación, el intercambio de ideas, de aquí en adelante. Sus diferentes directores han renovado las propuestas sobre una base muy tradicional y se han extendido a otros medios. Les recomiendo particularmente escuchar el podcast *New Yorker Fiction*. La editora de la sección, Deborah Treisman, invita a un autor que ha publicado en la revista para que escoja alguno de los cuentos aparecidos en el *New Yorker* a lo largo del tiempo y lo grave con su voz, siempre precedido de una razón de la elección y un posterior análisis en diálogo con la editora. Un verdadero placer.

En 1925 hubo estrenos literarios. Entre ellos dos novelas ahora imprescindibles: La señora Dalloway de Virginia Woolf, El gran Gatsby de Scott Fitzgerald. La revista nació



al tiempo que la narrativa experimentaba con el tiempo y el punto de vista para subrayar la importancia de la percepción de los personajes, de la nuestra. Una revista nacida entregueras que ha roto el silencio en repetidas ocasiones. El artículo sobre Hiroshima fue un hito y desató la conciencia sobre el genocidio provocado por la bomba atómica. Truman Capote publicó por entregas su novela de no ficción, como él mismo la llamó, *A sangre fría*. En mi novela más reciente *La ausencia*, los personajes son escritoras, Carson McCullers, Eudora Welty, Katherine Anne Porter, cuyos cuentos fueron publicados en varias revistas, ese camino natural a los escritores estadounidenses, y desde luego en el *New*

Yorker.

Un querido amigo, nos decimos familia, cumple 100 años. Perfectamente lúcido, con humor y ánimo para celebrar la alegría de vivir, Augusto Elías compartió las razones de esa longevidad: los genes, la pasión por la publicidad y los afectos de familia y amigos. No sé si hay una fórmula que pueda aplicar para todos pero sin duda dedicarse con pasión a lo que a uno le gusta es por lo menos un cheque para la felicidad. El *New Yorker* y mi amigo comparten esa convicción de que las cosas que valen la pena requieren talento, imaginación, rigor, asombro y mucho amor. Sobre todo en tiempos difíciles. Enhorabuena por la centena.

ad pédem literae

Estar preparados para la guerra es uno de los medios más eficaces para conservar la paz

George Washington

Letras de buen humor

Las cuestiones políticas son demasiado serias para dejarlas en manos de los políticos

Hannah Arendt